

SUDOR, INCENDIO Y ÉTICA

Bob Jeffcott, Red de Solidaridad de la Maquila

The New Internationalist, abril 2007

Tema: “Algodón : El peligro y la promesa”

Traducción de RSM

En la Red de Solidaridad de la Maquila recibimos llamadas telefónicas y correos electrónicos casi todos los días, de gente que quiere saber dónde pueden comprar ropa que sea de Comercio Justo, certificada o libre de explotación. Incluso nos contactan tiendas alternativas que preguntan si tenemos una lista de fabricantes libres de explotación. ¿Qué les respondemos? Desgraciadamente, no hay respuestas fáciles.

En primer lugar, está el algodón utilizado para hacer las prendas. Si uno vive en Canadá, pronto podrá comprar una camiseta en la tienda local de Cotton Ginny, que está certificada tanto por orgánico como en Algodón Comercio Justo. Si uno vive en Gran Bretaña, ya se pueden comprar camisetas y otros productos de indumentaria con la etiqueta de la certificación de Algodón Comercio Justo, no sólo en empresas alternativas de comercio justo, sino también en Marks & Spencer.

Todo esto está muy bien ¿no? Cultivar algodón orgánico es mejor para el medio ambiente, y los campesinos ya no están expuestos a químicos peligrosos. El algodón certificado en comercio justo va un paso más allá: representa un mejor precio y un dividendo social para pequeños campesinos en el Sur global.

¿Pero qué pasa cuando el algodón va a las fábricas? ¿Qué nos dice la etiqueta de Algodón de Comercio Justo sobre la vida de trabajo de las jóvenes mujeres y los hombres que hilan el algodón en China, o de aquellos que cortan la tela y cosen la camiseta en una fábrica de

Bangladesh, antes de enviarlas a la tienda de Cotton Ginny en Toronto?

Desgraciadamente, nos dice muy poco. La certificación Algodón Comercio Justo (Cotton Fairtrade) se otorga sobre las condiciones bajo las cuales se cultiva el algodón, no sobre cómo fue hecha la camiseta.

Para usar la etiqueta Cotton Fairtrade una empresa tiene que proveer evidencia de que las condiciones de las fábricas, que reciben el algodón de las granjas, han sido monitoreadas por una tercera parte; pero los tipos de auditoría, que actualmente realizan firmas comerciales de auditoría social, son notoriamente poco confiables. En otras palabras, mi camiseta orgánica, Cotton Fairtrade, pudo haber sido cosida en un taller por una niña de 15 años, forzada a trabajar hasta 18 horas por día, por un salario de pobreza, bajo condiciones de trabajo peligrosas. ¿Qué puede hacer entonces un consumidor?

Podríamos comenzar admitiendo las limitaciones de las compras éticas. ¿No es acaso un poco presuntuoso de nuestra parte, pensar que podemos terminar con los abusos de explotación simplemente cambiando nuestros hábitos de compras? Después de todo, estos abusos son endémicos en la industria de la confección y casi tan antiguos como la costura misma.

En inglés estos abusos de explotación se sintetizan en una palabra: “sweatshop”, que literalmente significa taller de sudor. El término se comenzó a utilizar a fines del siglo XIX en los Estados Unidos, para describir la estricta

disciplina y el trato inhumano empleado por los patrones de fábricas, generalmente en talleres subcontratistas, para sacar el mayor provecho y ganancia posibles del trabajo de los obreros.

El término se volvió familiar a comienzos del siglo XX, cuando la trágica muerte de más de cien trabajadoras de la confección acaparó las primeras planas de la prensa amarillista en todo EE. UU. El 25 de marzo de 1911, se desató un incendio en el noveno piso del Edificio Asch en la ciudad de New York, propiedad de Triangle Shirtwaist Company.

Incapaces de escapar por los angostos pasillos -atestados de máquinas de coser- y por la única escalera del edificio, 146 jóvenes trabajadoras murieron quemadas, sofocadas o saltando al pavimento. Bomberos y transeúntes, que trataron de atajar en redes de seguridad a las jóvenes, fueron aplastados contra el pavimento por los cuerpos que caían.

Globalización y libre comercio

En las décadas que siguieron, la regulación gubernamental y el trabajo de organización sindical – particularmente en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial – resultaron en mejoras significativas en las condiciones de las fábricas. Este período, en que muchos – aunque no todos – los trabajadores de la industria del vestido en América del Norte tuvieron un empleo estable y seguro, con condiciones de trabajo relativamente decentes, duró poco.

La globalización y el libre comercio cambiaron todo. Para bajar los costos de producción, las empresas de confecciones comenzaron a contratar la manufactura de sus productos a fábricas subcontratistas, de propiedad de fabricantes asiáticos en Hong Kong,

Corea y Taiwán. Empresas como Nike se convirtieron en ‘fabricantes huecos’, cuyo único negocio era diseñar indumentaria deportiva de moda y comercializar sus marcas. Otras tiendas y cadenas de tiendas de descuento siguieron el ejemplo de Nike, contratando con fábricas fuera de América del Norte. La competencia aumentó. Los proveedores asiáticos comenzaron a trasladar su producción a países con salarios aún más bajos en Asia, América Latina y Africa. Se aceleró así la carrera hacia abajo en busca de los menores salarios y las peores condiciones de trabajo.

Actualmente, países como México y Tailandia, están enfrentando despidos masivos de trabajadores porque los costos de producción se estiman muy altos. Aunque la mayor parte de la producción se está trasladando a China e India, otros países pobres, como Bangladesh, atraen trabajo por sus realmente bajos costos laborales.

El 11 de abril de 2005, a la una de la madrugada, un edificio de nueve pisos que contenía las fábricas de confecciones Spectrum Sweater y Shahriar Fabrics en Savar, Dhaka, Bangladesh, se colapsó con el resultado de 64 trabajadores muertos, docenas de heridos y dejando a cientos sin empleo. Sólo 16 horas antes del desmoronamiento los trabajadores se habían quejado de que había grietas en las columnas de soporte de la estructura. A pesar de la falta de cimientos adecuados y la aparente falta de permisos de edificación, se habían añadido cinco pisos adicionales. Y aún peor, se había colocado maquinaria pesada en los pisos cuarto y séptimo.

La fábrica Spectrum producía prendas de vestir para varias grandes tiendas europeas, cuyos programas de monitoreo habían fallado en identificar

los problemas estructurales y de salud y seguridad.

“La causa de la tragedia del 11 de abril fue la negligencia,” dijo Shirin Akhter, presidenta de la organización de mujeres trabajadoras de Bangladesh, Karmojibi Nari. “Fue un asesinato, no un accidente.”

En febrero y marzo de 2006 se dieron cuatro desastres más en fábricas de Bangladesh, en las cuales murieron unas 88 jóvenes mujeres y niñas, y más de 250 resultaron heridas. La mayoría de las víctimas murieron en incendios de fábricas, que guardaban semejanzas con el incendio de Triangle Shirtwaist, en el que las salidas de la fábrica estaban cerradas o bloqueadas.

Hace doce años, cuando comenzamos con la Red de Solidaridad de la Maquila, la palabra “sweatshop” no era ya de uso común. Cuando hablábamos en asambleas de escuelas secundarias y universidades, los estudiantes se sorprendían de saber que las prendas de sus marcas favoritas eran fabricadas por adolescentes como ellos, forzados a trabajar hasta 18 horas por día y por salarios de pobreza en lugares inseguros.

Las manchas de las marcas

Los estudiantes, que usaban con orgullo el logo de Nike, escribieron airadas cartas al CEO de Nike Phil Knight, declarando que nunca más usarían ropa hecha en talleres de explotación de Nike. Pero las grandes marcas no eran los únicos villanos: las prendas de empresas menos conocidas también eran hechas generalmente en las mismas fábricas y en condiciones aún peores.

Doce años después, el logo de Nike y otras marcas bien conocidas están sucias, y la palabra “sweatshop” ya no necesita explicación para los

consumidores jóvenes. Empresas como Nike y Gap Inc. publican informes de responsabilidad social corporativa, reconociendo que los graves abusos a los derechos de los trabajadores son un problema persistente en todas sus cadenas globales de suministros.

Hoy día algunas grandes marcas tienen códigos de conducta de empresa y personal de cumplimiento de los mismos, que responden casi inmediatamente a las denuncias de abusos, prometiendo investigar la situación e informar de vuelta sobre qué están dispuestos a hacer para ‘remediar’ los problemas.

No obstante, a pesar de estos avances, no hay realmente muchos cambios en los lugares de trabajo. Por un lado, un poco menos de trabajo infantil, menos pruebas forzadas de embarazo o menos violaciones a la salud y seguridad en las grandes fábricas utilizadas por las grandes empresas de marcas. Pero, por otro lado, salarios de pobreza, largas horas extra forzadas, despidos masivos de trabajadores que tratan de organizarse por mejores salarios y condiciones; todo esto sigue siendo la norma en toda la industria.

Cambios recientes en las normas de comercio global (el fin del sistema de cuotas de importación) están una vez más acelerando la carrera hacia abajo. Las mismas empresas, que presionan a sus proveedores a cumplir con los estándares de sus códigos de conducta, demandan también que sus productos sean hechos más rápido y más barato, amenazando con trasladar los pedidos a fábricas en otros países. Estas presiones conflictivas hacen que los proveedores oculten los abusos o subcontraten talleres de costura y trabajadores a domicilio. La esencia sigue siendo la misma: más trabajo por menos pago.

Apuntar a las grandes marcas ya no es una respuesta suficiente. Dado cuán endémicos son los abusos de explotación a lo largo de la industria; tampoco es una respuesta la compra selectiva.

Lo que hace falta es comenzar recordando que no somos sólo consumidores: también somos ciudadanos de países y del mundo. Podemos cabildear a nuestros consejos escolares, gobiernos municipales y universidades, para que adopten políticas de compras éticas, que requieran a los proveedores de confecciones que revelen la ubicación de las fábricas y evidencia de que se hacen esfuerzos serios para mejorar las condiciones. Podemos escribir cartas a las empresas cuando se violan los

derechos de los trabajadores y en apoyo de los esfuerzos de los trabajadores en organizarse. Y podemos poner presión sobre nuestros gobiernos para que adopten políticas y regulaciones, que hagan responsables a las empresas cuando fallen en tratar con violaciones flagrantes y persistentes de los derechos de los trabajadores.

Deberíamos preocuparnos un poco menos sobre nuestras decisiones de compras, y un poco más sobre qué podemos hacer para apoyar a las jóvenes mujeres y niñas, que trabajan detrás de las etiquetas que adornan nuestras prendas de vestir y calzado deportivo.